

do, esta *naturalidad* de la educación y de la instrucción se *desnaturaliza* muchas veces, se hace afectada y pierde toda la gracia y degenera en mueca de hipocresía inconsciente, en amaneramiento repugnante, en convencionalismo de medianías y nulidades servilmente imitadoras de apariencias y formularios, que es lo único que comprenden (1).

En la cátedra de Camus la *naturalidad* era verdadera, porque le salía a él del corazón, porque era él un pedagogo *natural*... naturalmente.

En la idea y en la intención didácticas de Camus había más profundidad de la que podía ver el distraído o el observador superficial. Para comprenderlo bastaba fijarse en la diferencia que él establecía entre su cátedra de literatura latina y su cátedra de literatura griega, no por razón del asunto, sino por razón de los discípulos. La literatura romana creía el *Gobierno* que debían conocerla todos los abogados del reino, y la griega se reservaba para los que tuviesen la vocación y la *abnegación* de la filosofía... y las letras (asuntos inseparables, según la ley). Camus les hablaba a los *juristas* de multitud de asuntos que no eran precisamente historia de las comedias, poemas, églogas, epístolas y demás que se escribieran en latín. Tal vez reflexionaba que al año siguiente aquellas yemas de jurisconsultos iban a aprender la profunda definición de la jurisprudencia que les ofrece la Instituta (definición tan mal com-

(1) De esta corrupción de cosa tan excelente fué, y buen ejemplo, el primer *Philantropinum* que se creó en Alemania.

prendida por los más de los comentaristas modernos)... *divinarum atque humanarum rerum notitia*...: noticia de las cosas divinas y de las humanas. Sí: Camus comprendía la profunda, intensa, *jugosa* relación del derecho con las *humanidades*, y *preparaba* a los adolescentes del *Preparatorio*, con el pretexto de una literatura que ellos no habían de aprender en ocho meses; de todas maneras, les preparaba a entender algo de las luchas de los hombres por lo tuyo y lo mío (la *propiedad*), por la tuya y la mía (el matrimonio), de las pasiones y las perfidias de los hombres (derechos personales, *estados*, contratos, etc.). Todo esto lo iba haciendo ver, no siguiendo el texto de los Códigos yertos, de esas *fuentes* de derecho, secas hace tantos siglos, sino estudiando la vida, la pícaro vida en esos rastros de las bellas letras, que sólo son rastros para el literato verdadero que es, además, hombre de mundo, más o menos práctico, y, sobre todo, hombre de observación, de gusto, y para el cual las espinas de la experiencia son capítulos de *quædam dolorosa philosophia*.

## VI

Había hasta como cierto escepticismo escolástico en las conferencias de literatura latina del sabio profesor; no creía Camus que aquellos alborotadores de quince a diez y ocho años, que tan sagrados derechos tenían para no estarse nunca muy quietos a su edad, necesitasen, ante todo, saber una por una las opiniones de los críticos clásicos sobre

todas las obras en prosa y en verso del ingenio latino. Por lo pronto, a Camus le constaba que aquellos estudiantes de leyes... no sabían latín. ¿Para qué quiere un romancista picapleitos conocer los pormenores y todos los datos consistentes en cifras de una literatura muerta, cuya lengua ignora? ¿Por qué los Gobiernos hacen *prepararse*, a los legistas, con un curso de literatura latina... sin latín? Por mortificarlos, como suelen pensar los estudiantes jóvenes y fogosos de casi todas las asignaturas. Porque esto es lo cierto: en muchas, en casi todas las carreras, se prescinde generalmente de encerrar el cuadro de las *asignaturas* en límites y con formas adecuadas al propio sistema de la realidad a que los respectivos estudios corresponden; y además (y esto es casi peor para el *rationabile obsequium* que ha de tributar todo el que estudia, como hombre de conciencia, a las ciencias de su vocación), además se olvida también generalmente dar clara y razonada cuenta a los escolares, en cada carrera, porque se guía del motivo lógico cada una de las ramas de su estudio y del plan a que éste obedece, y del organismo científico a que corresponde. Por todo lo cual, el estudiante que ve que los maestros se dan por satisfechos con que él trabaje y aprenda muchos libros o muchos apuntes, de memoria, de la correspondiente asignatura (que siempre es para el pedagogo vulgar que la explica *la más importante*), llega a adquirir la creencia de que con tantas disciplinas sólo se trata de ponerle a prueba y de hacerle purgar de antemano los desaguisados que más adelante puede cometer en el ejercicio de su

*licenciatura*, ya matando prójimos, ya defendiendo criminales, ya enmarañando pleitos, etc., etc. El estudiante se llega a figurar los sudores científicos, que no sabe por qué se le imponen, como una ley fatal y triste que ya simbolizaban los azotes de Sancho, indispensables para el gobierno de la insula. Y aunque sea mala comparación, también suele el estudiante acordarse de su suerte y de su lucha con las asignaturas impuestas, cuando ve el brioso potro que se ha de domar hundiendo los cascos en la menuda arena y fatigándose en vano por correr en tan falso terreno, como corriera libre sobre el piso duro de la dehesa. Carrera de fatiga se le figura al escolar la suya. La mayor parte de los españoles que en otras décadas tenían que cursar griego, no se formaban otra idea de la lengua del Ática, que ésta: era un martirio lingüístico, complicado con varios tornillos y correas de dialectos y contracciones, muy a propósito para atormentar bachilleres.

La literatura latina que se hacía estudiar a los que buscaban la toga con muceta roja, era también asignatura de esta clase, de las de *peso* puramente. Camus comprendía que así lo comprendían los estudiantes. El Gobierno acabó por comprenderlo también. Hoy ya no es indispensable, según la ley, saber de las disputas de los Escipiones con Nevio, ni de las aventuras eróticas de Horacio y Ovidio, para entrar al año siguiente a estudiar el derecho romano... en español, del Sr. Laserna, o de otro cualquier Irnerio contemporáneo.

Camus, pues, con el escepticismo del plan de estudios, no queriendo molestar a los abogados

futuros de su patria ni profanar las letras clásicas, se dedicaba principalmente a enseñar algo de la vida, tal como se puede ver a través de las buenas letras clásicas, sin hipocresías ni romanticismos sacristanescos, y llevando por guía a un hombre de experiencia y de agudo ingenio, verdadero *humanista* en la acepción más *humana* de la palabra.

Pero al año siguiente, cuando los que queríamos ser filósofos... de letras llegábamos a la literatura griega (en vez de haber empezado por ella), entonces ya era otra cosa. Camus se ponía serio sin dejar de reír. Sus conferencias, sin dejar el carácter de *cosmopolitismo* literario, bordeaban de más cerca el asunto de la asignatura; se hablaba más de los griegos que se había hablado de los latinos. Éramos pocos; no hacíamos ruido; teníamos, o se nos suponía, más definida vocación; éramos sus amigos de letras que íbamos a buscar, desde *aque- llos duros pero honrados bancos*, la miel del Himeto, el sol helénico, el que mató con las flechas de su arco de plata al pobre Ottfried Müller, que murió temprano porque era querido de los dioses... Y Camus se entusiasmaba; su oratoria florida, abundante y pintoresca, rayaba en elocuente; y era elocuente desde luego aquel amor a lo clásico, a lo griego, que se manifestaba en sus gestos, en el timbre de su voz, en el calor que le enrojecía el rostro, mientras maldecía de los pícaros *romancistas* y elogiaba con ditirambo perpetuo a cuantos, desde el Renacimiento acá, supieron comprender y sentir de veras el *quid divinum* del arte helénico. La *fe en Grecia* de Camus se contagiaba,

porque era sincera y persuasiva: no predicaba aquel hombre la *importancia de su asignatura* como tantos y tantos don Hermógenes, opositores a cátedras, como el de Moratín, que están enamorados de la *Iliada* y del *Prometeo*, como lo estarían de la veterinaria si esa fuese la ciencia o el arte de su cargo.

Muy al revés de lo que suele notarse entre los pedantes españoles, ya literarios, ya científicos, Camus no afectaba desdeñar la ciencia y las letras de la Francia contemporánea, y comprendía que en París estaba el centro del moderno *humanismo*, aunque pudiera haber sabios más sabios en otras partes. Así, recomendaba a los estudiantes, cuya vocación literaria reconocía, los libros y las revistas francesas de nuestros días en que escritores como Nisard, Boissier, Egger, Martha, Paul Albert, etc., etc., trataban, unos con más erudición, otros con más arte y *sentido moderno de los antiguos*, los puntos más interesantes de literatura clásica. Prefería la *Literatura romana* de Paul Albert a las obras didácticas españolas, que de tan desgraciada manera, con tanta pesadez y falta de original criterio y total ausencia de gusto se atreven a profanar la delicada flor de la poesía griega, y la no menos delicada flor de estufa de la rápida edad de oro de la inspiración latina... Si hubiera muchos Camus, las dulces *humanidades* no correrían en España a la fatal ruina a que se precipitan. La famosa *cuestión del latín* tiene para mí estas dos diferentes soluciones condicionales. Las letras clásicas explicadas por maestros como D. Alfredo Adolfo Camus, a nadie le sobran: las letras clásicas

cas explicadas por los pedantes, por el vulgo del *profesorado mecánico*, no sirven para nada.

Pero ¿de cuántas materias de enseñanza se podría decir algo semejante?

No bajemos a este abismo.

No hagamos por hoy más que meditar ante la tumba del sabio, cerrada apenas.

Cerrada apenas, cuando ya tenemos que llorar la *huida* de otro gran espíritu *liberal* de las letras: de D. Antonio García Blanco, el maestro de hebreo.

¡Alegraos, *romancistas*: pronto, pronto os quedaréis solos, dueños del campo!

(De *Ensayos y Revistas*.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## DEL QUIJOTE

## NOTAS SUELTAS

**A**CABO de leer el *Quijote* otra vez. Soy de los que cumplen, en realidad, con aquel buen consejo de leerlo cada dos o tres años.

*Carmen nostrum necessarium* llamaba Cicerón a las *Doce Tablas*, que los buenos romanos aprendían de memoria.

El *Quijote* debiera ser el *Carmen nostrum necessarium* de los españoles.

Por desgracia, no lo es. Hay que confesarlo; entre nuestras muchas clases de *decadencia* hay que contar también ésta; decae la lectura del *Quijote*. En los escritores nuevos se va notando cada vez más lo poco que en su espíritu influye el mejor libro que tenemos, el mejor que en su género tiene el mundo.

Se siguen citando ciertos tópicos quijotescos, las aventuras más sonadas; pero los más se conoce que citan... sin haber leído, como se repiten los refranes *históricos*, sin saber de dónde vienen. Casi siempre se citan las mismas cosas; las más de

la primera parte, y otras pocas de la segunda, que siempre son las mismas.

Una *confesión general* de los españoles declarando si han leído el *Quijote entero* y cuántas veces, nos daría un doloroso desengaño. Más vale que esa confesión sea, de puro difícil, casi imposible.

Un escritor francés, no despreciable, decía no ha mucho estas o parecidas palabras:

«¡Pobre Don Quijote, cómo se le va olvidando!»

Yo creo que en la vida intelectual contemporánea, el *Quijote* influye mucho menos de lo que podría; porque, en efecto, es poco leído. Ciertas apariencias que un candoroso patriotismo se apresura a convertir en substancia nos dan la ilusión de que los grandes espíritus extranjeros leen mucho a Cervantes. Pero no hay tal cosa. Y es lástima, porque jamás ha habido tiempo (hablo de las alturas intelectuales) en que el *Quijote* pudiese ser comprendido, sentido y aprovechado tan bien como en el nuestro.

Mil veces, leyendo a mis filósofos, sabios, poetas y novelistas favoritos, de extrañas tierras, he pensado: ¡Qué lástima que este espíritu no hubiese penetrado y recordado bien el de Cervantes! La cita del *Quijote* estaba muchas veces *indicada*... y no venía. En Carlyle, en Renan, por ejemplo, ¡cuántas veces la *asociación de ideas* llamaba al *ingenioso hidalgo*... y no venía!

Fuera de aquí, como aquí, las alusiones *quijotescas* abundan; pero en lugares comunes de ge-

neralidad evidente, que no revelan el directo e íntimo estudio del *Quijote*.

Shakspeare ha tenido mejor suerte. Ha sido estudiado, *descubierto* por la gran crítica, aun fuera de la misma Inglaterra, principalmente en Alemania. Shakspeare, traducido en alemán por un gran escritor, Shakspeare escribiendo en una lengua de genio semejante, en parte, al nacional alemán; Shakspeare interpretado, comentado; *adorado* por hombres como Schlegel y el *Júpiter de Weimar*, llegó a ser en el continente casi tan gustado y *penetrado* como en su isla.

Para Cervantes... ¡cuán distinta fortuna!

Verdaderamente familiarizado con él, yo no conozco a ningún grande hombre... Un día, en Covadonga, lugar sublime, pensé algo semejante: ¡Aquí no ha estado jamás ningún *grande hombre*, de esos de primera clase *verdadera*, de los que saben leer en la Naturaleza todo o casi todo su simbólico misterio!

Llegar a Covadonga, mirar a la cueva, ver y oír la cascada... (y *no* ver las mil profanaciones que hay en torno), hace un efecto... épico, semejante, no sé por qué, a los tercetos del Dante. ¡El Dante en Covadonga... creyendo, como creería, en algo de Covadonga... y *viendo aquello*!

No, en Covadonga no ha estado el Dante, ni *cosa parecida*.

El *Quijote* no lo ha visto, como él merece, ningún Goethe. A Cervantes le pasa muy en grande lo que, no en pequeño, le está sucediendo a Pereda, y le sucedería a Zorrilla si quisieran traducirlo...

A Pereda le *tienen asco* los traductores en cuanto son un poco discretos. Ven que aquel español tan español y tan de su *amo...* en rigor no se puede traducir.

A Cervantes lo han traducido; pero... ni siquiera un Pope o un Chateaubriand... un Viardot, por ejemplo; y Cervantes, por su españolismo, es un Pereda elevado al cubo. De otro modo: *Don Quijote*, no siendo en castellano, no es ni la sombra de *Don Quijote*; no se puede penetrar todo lo que en idea-forma y en forma-idea vale el *Quijote*, sin tener el castellano en los tuétanos.

Y yo no sé de ningún *grande hombre* extranjero (digo *grande hombre*, no digo *erudito*) que haya sabido el castellano de esa manera.

En tal sentido, lo mejor de *Don Quijote* está por *descubrir*.

Es claro que halaga mucho ver de cuando en cuando uno de esos elogios fervorosos, sinceros, que un gran pensador, un gran poeta extranjero, dedican incidentalmente al *Quijote*. Pero, ¡es eso tan poco en comparación de lo que *sería* si esos mismos hombres pudieran *gozar* del libro en todo lo que vale!

Lo común es que los más sustanciales y *originales* de esos elogios se refieran a la quintaesencia quijotesca, más o menos simbólica y subjetiva.

¡Y el mérito grande del *Quijote* no está ahí; es un mérito estético, literario, que *brot*a en la *forma*, aunque viene de muy adentro!

¡Cuánto, por ejemplo, le agradecí yo a Boileau

un espontáneo elogio de Cervantes en una carta a Racine, si no recuerdo mal!

Y a Heine, al querido Heine, ¡con qué ternura le admiré y amé allá en mi juventud, cuando llegué saboreando su hermoso *lirismo*, a aquel pasaje en que cuenta su entusiasmo por el caballero andante, y la lástima, la caridad que le inspira!

Y hace poco, ¡qué emoción tan fuerte y dulce la mía, al ver a Tolstoy, al extraño, pero simpático místico... o lo que sea, penetrar, a fuerza de genio, la sublimidad (¡verdaderamente asombrosa!) del último capítulo del *Quijote*, de aquel resucitar a la razón de Quijano el *Bueno*!

Todo eso —con otro poco así que hay— es algo... pero casi nada, comparado con lo que debería ser, con lo que sería, si Europa pudiera conocer a Cervantes tan bien, tan íntimamente, como conoce a Shakspeare.

A Cervantes le pasa con los extranjeros lo que le sucedería a Wagner... si hubiera que conocerle por las compañías de ópera de la legua...

¿Y los de casa?

Sin entrar a ver si aquí hemos tenido Gœthes, Heines y algún Tolstoy que otro, me apresuro a señalar el *hecho* de que ningún gran pensador, crítico o poeta, ha estudiado profundamente a Cervantes.

No entra en el asunto de estas notas una burla cruel e injusta de los *cervantófilos* ordinarios que todos conocemos, y a muchos de los cuales apreciamos.

Si no a todos, a no pocos de ellos hay que per-

donarles sus extravíos por la misma causa que hizo a Jesús perdonar los de la Magdalena.

Ni siquiera a los que han arrimado el ascua del cervantismo a la sardina de la propia vanidad o de las propias preocupaciones me decido a quererlos mal; pues tratándose del *Quijote*, el enemigo único es el que no lo conoce pudiendo conocerlo.

Harina de otro costal son los eruditos, sin manía, que han *ilustrado la vida y obras del Manco de Lepanto*, descartando a los pedantes insufribles y cortos de vista; para los eruditos esos no puede haber más que respeto, gratitud y... asiduo estudio de sus *indispensables* noticias.

Sin el trabajo minucioso y prolijo de la erudición literaria, que respecto del *Quijote* ya está hecho en gran parte, no se podría avanzar seriamente en una crítica más honda, psicológica y estética. Los eruditos, pues, han preparado el terreno para esa otra crítica... pero no han entrado en él, y los más prudentes, discretos y sabios no lo han intentado siquiera.

Creo que era Menéndez y Pelayo quien no hace mucho lo reconocía así; y hasta me parece que invitaba a D. Juan Valera a emprender tal camino, que nadie, con justicia, podrá llamar trillado.

Cosa rica sería, en efecto, un libro de Valera dedicado al *Quijote por dentro*, y acaso es el español de hoy más a propósito para tal empeño el autor de *Morsamor...*

En mis sueños de loca ambición vanidosa, de esos de que después nos da vergüenza, aun sin habérselos contado a nadie, no pocas veces se me

ha ocurrido a mí dedicar mi vejez, si llego a ella, a escribir un libro que se titulase *Cervantes*. Más de la mitad de él sería para el *Quijote...*

Le decía *Un bachiller* a Mefistófeles, creyéndole Fausto (*El Fausto* —segunda parte):

«Mientras que nosotros (los jóvenes) hemos conquistado la mitad del mundo, ¿qué habéis hecho vosotros? (los viejos). Dormitar, reflexionar, soñar, pensar; ¡planes y siempre planes!»

Pues en esa edad a que me acerco, quisiera yo que este progreso indudable del juicio que siente uno dentro de sí (a cambio de tantas cosas que se van perdiendo) me hiciese digno de comentar el *Quijote*; no con los propósitos de un Clemencín —aunque sí aleccionado por la erudición de todos los Clemencines que hiciera al caso— sino con fines de psicólogo, estético y moralista.

No quería yo más recompensa que, para entonces, mi conciencia primero, y además amigos como Menéndez y Pelayo y otros pocos que me creyeran *maduro ya* para atreverme a decir algo del *Quijote*, con prudencia, sin sobresaltos de neurasténico, me aconsejaran tal empresa.

Mucho hay de vanidad en todo esto —atrás queda reconocido—, pero si alguna disculpa puede tener mi soñado atrevimiento es el considerar cómo la experiencia propia me ha demostrado ser verdad eso, que tantas veces se dice, de que la lectura repetida del *Quijote* es una medida del adelanto de la propia *psiquis*.

Sí, sí; yo, por lo que a mí toca, lo juro; he observado el fenómeno. Siempre que vuelvo a leer *nuestro libro*, la *Biblia profana española*, veo en

él cosas nuevas, cada vez más sustanciosas, más profundas. El libro siempre dice lo mismo, pero yo lo voy entendiendo más y mejor, según la vida va enriqueciendo mi experiencia con acciones y pensamientos.

¿Por qué en sueños de ambición a lo menos, no he de atreverme a *desear* que mi vejez aumente el peso de mis reflexiones serias, saque el jugo mejor de mis lecturas, y por esto la del *Quijote* entonces me haga ver en él algo que no sea indigno de que los demás lo sepan, aun siendo obra de quien ni siquiera puede llamarse sin eufemismo, una medianía?

Por sí o por no, y por si yo llego a la *suprema età* en aquel estado en que el mismo Marco Aurelio ve cosa tan triste que sólo le encuentra como remedio el suicidio, bueno será que don Juan Valera, que llegó *joven* a la *vejez*, nos deje algo de lo que a él le hace pensar y sentir el *Quijote*.

(De Siglo pasado.)

## HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, POR EMILIO CASTELAR

(4 NOVIEMBRE 1892)

LA distancia tiene a veces ciertas virtudes del tiempo; los países extraños suelen hacer el oficio de posteridad. Víctor Hugo, por ejemplo, ha sido mejor juzgado, en definitiva, por la multitud de pueblos que le proclamaron gran poeta, que por los literatos franceses que le veían de cerca y se fijaban en sus lunares y en las arrugas de su vejez. Algo parecido había pasado antes con Byron.

Castelar, aunque cuenta con el cariño y la admiración de su patria, aquí tiene hasta pretendidos rivales, y por lo que toca a incienso oficial, a honores académicos y otras distinciones por el estilo, muchos le ponen el pie delante. Para no pocos españoles, Castelar es *uno* de nuestros primeros oradores, uno de nuestros primeros hombres públicos... Para el resto del mundo, Castelar es la gloria española por antonomasia, entre las contemporáneas. Aquí, hasta los que consideramos al Sr. Cánovas como una antipática medianía, nos



hemos acostumbrado a oír: Castelar y Cánovas, y aun, Cánovas y Castelar; fuera de España, a no ser para los especialistas en política europea, si Castelar suena tanto como cualquier gran nombre, Cánovas suena... como ahora me sonaría a mí el nombre del presidente del Consejo de Ministros de Grecia, si me acordara de cómo se llama. Pero, sin descender hasta ese punto en la comparación, puede verse algo análogo en cualquier otra. Busquemos otro nombre español, entre los personajes vivos, que no sea de oropel, de fama oficial, impuesta por la fuerza del poder (¡cuánta parte de su *gloria* debe Cánovas a Martínez Campos!); citemos, por ejemplo, al gran Zorrilla, el poeta español del siglo xix. Dondequiera que se hable o se entienda el castellano, Zorrilla suena a tanto como pueda sonar cualquiera; a los pocos extranjeros (no llamo extranjeros a los americanos *españoles*) que saben de literatura española contemporánea, Zorrilla les parecerá una figura tan gloriosa como la que más lo sea... pero su fama no llega donde la de Castelar. De Castelar saben esos millones de hombres que para citar un libro español tienen que acordarse del *Quijote*.

Castelar en París obtuvo honores que no se dedicaron jamás allí a ningún extranjero; Castelar acaba de ser invitado por los Estados Unidos para visitar, rodeado de excepcionales obsequios, la Exposición de Chicago, con una representación que vale tanto como una triple corona... La representación que a Castelar quiere dársele no podría llevarla ni el jefe del Estado español... mucho menos su primer ministro responsable.

En España... Castelar nunca ha sido presidente del Ateneo, ni presidente de la Academia, ni presidente de Congresos científicos, ni presidente de nada por el estilo; en España, a Castelar todavía no se le ha consagrado una gran fiesta, un homenaje nacional, que otros han obtenido en una u otra forma; ha llegado el Centenario de Colón y para Castelar no ha habido ningún puesto; Cánovas los ocupaba todos... Castelar ha tenido que contentarse con escribir un libro que será una de las poquísimas cosas que queden del Centenario.

Para mí uno de los espectáculos más hermosos, más animadores y más interesantes que puede presentar la vida humana es el que ofrecen los pocos sabios que en el mundo han sido (sabio, cualquier alma grande que *sabe* de su grandeza), dándose la mano a través de las generaciones y a través de las grandes distancias, formando una cadena que es en las obscuridades del mundo como un sendero de luz que señala el camino a la vacilante razón del hombre. Un grande hombre que comprende y ama a otro como él, es lo más sublime de la belleza espiritual. Aquiles y Homero, en la leyenda, el héroe y el poeta, son símbolo de esta hermosura. Y en la realidad, Jesús y Pablo (el amor de San Pablo a Cristo hace llorar de entusiasmo; San Pablo no vivió con Jesús como San Juan y San Pedro, le adivinó después: ¡qué fe la de San Pablo, qué idealidad amorosa la suya!), Sócrates y Platón (éstos sin el mérito de la *distancia*), Dante y su Virgilio, San Francisco y Jesús, Santo Tomás y todos los grandes Padres antiguos,

cuya obra tomó en peso y defendió con portentoso genio; y dando un gran salto, Goethe comentando a Shakspeare, Carlyle comentando a Goethe y a Mahoma. ¡Cuánta grandeza, cuánta hermosura, cuánta esperanza para la idealidad de la vida en este encadenamiento de espíritus nobles y profundos!

Al llegar el momento en que los pueblos más y mejor civilizados, los de Europa y los de América, quisieron aprovechar la primera ocasión propicia para reflexionar con suficiente madurez de juicio, acerca de la gran obra llevada a feliz remate por el descubridor del Nuevo Mundo, era necesario, para que a Colón se le hiciera la debida justicia, que una voz de armonía, la palabra de un pensador y de un artista se levantara sobre el tumulto de los análisis empíricos, de las controversias apasionadas, para consagrar al insigne navegante lo que ante todo debe ser este memorandum secular en que la humanidad se para como a saborear sus glorias, un gran canto épico, al modo como hoy pueden ser estas cosas, es decir, una historia filosófica, artística, documentada y pintoresca, sin el andamiaje de la erudición, pero no sin sus frutos, sin la falsedad de la leyenda y de la novela, pero no sin sus atractivos y su verdad sentimental y sintética. Este canto épico, esta noble historia sólida, pero no pesada; sabia, pero no pedantesca; filosófica, pero no abstracta, la ha escrito Castelar, el español que goza, porque gozar es, de las intuiciones, más puras y altas del amor patrio histórico, del genio misterioso de nuestra tierra. Otros, menos afortunados, sentimos ese patriotis-

mo *arqueológico* de manera más vaga y menos intensa; comprendemos que España fué grande, pero si nos ponemos a explicar el por qué, balbucimos vaguedades subjetivas, o caemos en la rutinaria exposición de los lugares comunes de la patriotería clásica: mas hombres como Castelar (y en determinada esfera de la actividad Menéndez y Pelayo) cifran gran parte de su genio en la clara visión y en el amor intenso de esa patria histórica, en la compenetración original y espontánea del espíritu nacional, según se realizó en los siglos más gloriosos... Felices ellos, y felices nosotros si algún día, a fuerza de pensar y sentir y estudiar, y con la madurez de la vida, llegamos a ver por propios ojos lo que hoy sólo barruntamos por estremecimientos que la sublimidad del misterio entrevisto nos produce de vez en cuando, particularmente al ver a los privilegiados pintar con elocuencia sus amorosos deliquios al contemplar la España de nuestros mayores.

No diré yo que todos los escritores y eruditos que se han dedicado a demostrarnos que Colón no era un hombre perfecto hayan sido injustos ni mal intencionados; pero es lo cierto que aun concediendo que en tal y cual punto concreto tuviesen razón algunos de ellos, la obra total resultaría una injusticia que clamaría al cielo, por ser quien era el injuriado y por la inoportunidad del intento, si no hubiera habido una voz superior a todas esas, por el mérito artístico, por la transcendencia de su labor, para ofrecernos la gran síntesis de la epopeya colombina en un libro artístico, filosófico, que no necesita ser apologético para ser un

glorioso homenaje a la memoria del genovés más ilustre.

¿Quién podía disputar a Castelar esta gloriosa tarea? Nadie; y nadie se la ha disputado. Los poetas, los verdaderos, han comprendido que la poesía heroica del día está en la historia, al modo como la escriben y entienden los grandes maestros modernos. La misma novela arqueológica, género secundario, que si ha tenido pasajeros momentos de esplendor, pronto ha desmayado siempre, v. gr., en su reciente florecimiento alemán con los Freitag y los Eber, esta misma novela histórica se deja eclipsar, sin lucha seria, por los grandes monumentos que los historiadores artistas consagran a la memoria de aquella parte de la vida pasada, cuyo recuerdo cabe que sea resucitado por las generaciones modernas.

En España, donde Menéndez y Pelayo tan bien pintó las cualidades de la historia artística, no tenemos, en la historia pragmática, a lo menos, obras que puedan competir con las de los Renan, los Grote, los Mommsen, los Gregorovius, los Max Dunker, los Michelet, etc., etc. El nuevo libro de Castelar puede decirse que es el primer trabajo que en este género se intenta, y no es éste uno de sus méritos menores. Aquel deseo que expresa Macaulay al comenzar su análisis de un libro histórico de Hallam de que se junten en la obra del historiador las cualidades del novelista arqueológico y las del filósofo de la historia abstracta, se ve cumplido en el *Colón* de Castelar, donde la imaginación y la *asociación* de ideas, que tanto estima el gran crítico inglés (y aun la asociación de

imágenes), se juntan, con todo su prestigio sugestivo, a las cualidades del historiador, pensador, filósofo y hombre de Estado, algo Vico y algo Maquiavelo, cualidades que hacen posible que el estudio histórico sea una filosofía con su carácter de reflexión *a priori*, en el alto y fecundo sentido en que Cristiano Baur, el gran teólogo historiador de Tubinga, exigía a la historia esta condición de obedecer a una idea que la presida y explique.

El mismo Taine, el historiador positivista por excelencia, ha dicho claramente que en definitiva la historia verdadera era la historia del corazón. Esta declaración preciosa del gran partidario de los *petits faits* no contradice su sistema, y así lo vemos confirmado en el libro de Castelar, donde, si se ve el propósito de llegar, como a un triunfo, al alma de los sucesos, a la confirmación de una idea directiva, a la confirmación de algo espiritual, por el cúmulo de los hechos, es contando con la multitud de éstos, bien observados y bien interpretados, sobre todo bien ordenados y relacionados en omnilateral relación, para exprimirles, por decirlo así, todo el jugo significativo.

Por cumplir con esta doble tarea del historiador verdadero, parece Castelar aquí por un respecto un idealista extremado, pues va sin vacilar y sin hipocresía de falso *positivismo* a buscar en los hechos el fondo racional que encierran; y por otro respecto parece un *realista* de la historia, pues no se cansa de referir su asunto a todo cuanto en él pudo influir por razón del tiempo, del clima, de la política, del arte, de la religión, de la vida econó-

mica, de la vida científica, del ambiente general social, de los influjos familiares, hereditarios, étnicos, geográficos y otros muchos. De este empeño se origina en la *Historia del descubrimiento* de Castelar lo que puede parecer a muchos no defecto, pues es exceso, pero sí cosa que dificulta la lectura y que diluye el interés. Algunos dicen que habla Castelar de demasiadas cosas, que hay demasiadas resonancias universales en esta vida de Colón. Verdad es que viene a ser esta obra como una especie de epopeya en prosa de los días aquellos en que cambió con tan violento recodo el camino que seguía la civilización nuestra; epopeya en el sentido en que entienden la palabra muchos tratadistas, como nuestro D. Francisco Canalejas, a saber: especie de enciclopedia poética de una edad, cifra de una civilización en un momento de la historia. Eso es, en efecto, el libro de Castelar, y por eso abulta tanto; pero ¿qué mal hay en ello?

Sin embargo, como no se trata de adular al gran artista de la palabra, sino de hacerle justicia cual a todos, declaro que, a mi juicio, pudo haber sido el libro no tan largo, sin perder esas capitales condiciones de que vengo hablando. No está el mal en que Castelar relacione su asunto inmediato con todos los asuntos históricos, filosóficos, religiosos, artísticos, etc., etc., con que, en efecto, se roza, y por los que de lejos o de cerca es influído, pero acaso pudo hacerse eso mismo cuidando un poco más la economía literaria, arrojando un poco de lastre oratorio, simplificando algunas imágenes y tendiendo, en cuanto la índole del estilo *necesaria-*

rio del autor lo consintiera, a la forma narrativa y descriptiva ordinaria en obras de este género, que no exige la gran estrofa periódica de la elocuencia lírica de nuestro orador incomparable. De todas maneras, no sería mucho el papel que se hubiera podido ahorrar, porque no pocas veces se ve al autor buscando en la concisión la brevedad, a que no se prestan fácilmente la infinidad de ideas y de *hechos* que sin falta tiene que exponer. En resumidas cuentas, el lunar más importante que se puede señalar en ese libro se origina de que Castelar no puede dejar nunca de ser un gran orador, castizo, grandilocuente, armonioso y con exceso abundante; y se origina también de que Castelar no puede dejar de ser el historiador filósofo y político de las grandes y geniales síntesis, en las que tanto le ayuda su portentosa memoria, que no puede compararse con un archivo ni una biblioteca, sino con un monstruoso museo, monstruoso por lo inmenso, pues Castelar no recuerda folios, no recuerda manuscritos empolvados, sino cuadros, grandes cuadros, el pasado redivivo, con sus colores, sus formas, sus movimientos y sonidos, merced a la magia de una fantasía que va pintando en el cerebro las bellezas que en seguida va esculpiendo la palabra.

Por lo cual no diré que el libro de Castelar se lee de un *tirón*, porque sería este un elogio vulgar, y aquí falso; no se lee de un *tirón*, como no se lee de un *tirón* el Romancero ni la Divina Comedia. Id saboreando cuadro por cuadro, capítulo por capítulo, con la lentitud en que se complace el deleite, y al llegar al fin no os habrá parecido

el libro largo, a pesar de sus 592 páginas grandes y de compacta lectura. Y como también lo malo debe tomarse en veces, dejo para otro *Lunes* esta agria prosa mía, y entonces acabaré de decir lo que me había propuesto acerca de libro tan solicitado por innumerables lectores de Europa y de América.

(De *Palique*.)

III

EL MORALISTA

CAPITULO ANTONSIA  
BIBLIOTECÁ UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.